



La realidad en la enseñanza

Un discurso notable

El Imparcial llegado hoy á Sevilla consagra su artículo de fondo al notable discurso leído en la Universidad de Salamanca, en el acto de la apertura de curso, por el ilustre catedrático de aquella Facultad de Filosofía y Letras, D. Miguel de Unamuno.

Es el Sr. Unamuno, como dice el periódico madrileño, «uno de los profesores españoles de espíritu más independiente y que mayor y más sincero culto prestan á la realidad». Su discurso es digno de tal maestro.

No ha escogido éste un tema de erudición estéril, ni ha desenterrado nada, ni se pierde en alardeos retóricos. Es un discurso inspirado en la más viva realidad; es algo fresco, palpitante, que á todos los españoles nos conviene conocer.

No tiene notas, ni falas que le hacen. Citas no tiene más que dos ó tres, y esas muy breves. Pero en cambio, ¡cuántas ideas! ¡qué hondo conocimiento de la realidad y de las exigencias presentes del pueblo español en lo que á la enseñanza se refiere!

El Sr. Unamuno es de los pocos hombres que se atreven aquí á ser sinceros y á tener ideas propias. Es de los que no se asustan de nada, como espíritu abierto á todos los aires de la cultura.

Ya que no todo el discurso, vamos á ofrecer á nuestros lectores algunos párrafos de él. Tienen mucha enjundia.

Dice el sabio profesor, dirigiéndose á los alumnos:

«Vosotros habeis de ser mañana ministros de la reflexión común, y á reflejar con plena conciencia el espíritu de la comunidad habeis de tender desde luego. En el seno mismo de esta comunidad patria, en los anhelos genuinos del pueblo de que sois parte, es donde hemos de ir á despertar el ideal dormido, pues toda realidad por algún ideal vive, no le hay en rigor viable y fecundo más que en las entrañas de la realidad mis-

ma. Para ello, os lo repito, menester es descubrirnos á España.

«Descubrirnos á España digo, porque es cierto, como por muchos se nos asegura que su mayor riqueza material en su subsuelo se esconde esquivada, mientras araña el labriego con el tradicional arado la ligera capa que la recubre y vela, en su subsuelo espiritual también, en los no escudriñados soterrados de su cotidiana vida colectiva yace tal vez el venero de su renovación futura, mientras seguimos arañando con nuestra crítica y apologética en las humosas glorias de su capa histórica. Teneis que descubrir á nuestro pueblo tal como por debajo de la historia vive, trabaja, espera, ora, sufre y goza.

«Y debeis estudiar también á vuestro pueblo, porque siendo aquel de quien vivís, con quien vivís y por quien vivís, es su estudio el único que puede llevaros como por la mano á conocer con entrañable conocimiento á la humanidad toda. Hay en este examen algo de introspección colectiva y social.»

«Los jóvenes que acudís hoy á estas aulas á que os traslademos lo que otros averiguaron ó lo que de la realidad hemos directamente averiguado nosotros, teneis que interrogar á la realidad misma, que se alza liberal á quien la invoca. Pero es preciso que la mireis cara á cara y sin interposición de librecos prejuicios, es menester que las lentes de las doctrinas recibidas no estén ahumadas adrede ó por descuido. Las disciplinas que aquí se os transmiten son legado de los siglos, recordatorio de la humanidad, es cierto, pero también lo es y con mayor plenitud aún, la realidad exterior concreta, la actualidad palpitante. En la vida común que os rodea, en las costumbres á que todos por hábito ajustamos nuestra conducta, en lo que sucede en la plaza, en el mercado, en la feria, en el templo, en el hogar ó en la campiña late el pasado más vivo aún que en todos los libros, crónicas y documentos donde de ordinario no quedó más que su engañoso y deformado trasunto.»

EL PORVENIR,
Sevilla 11 octubre 1900





«Nos cuidamos muy poco de la niñez, cierto culto á los antepasados quita sitio en nuestro corazón al culto debido á la posteridad.»

»Y así un publicista hoy muy leído, Kropotkin, ha podido escribir que «el niño reputado como perezoso en la escuela es á menudo aquel que comprende mal lo que le enseñan mal», añadiendo esta severísima sentencia: «Vuestra escuela se convierte en una Universidad de la pereza, como vuestra prisión en una Universidad del crimen.» Podéis tachar esta severísima sentencia de exagerada, enhorabuena, pero es lo cierto que en vez de satisfacer las preguntas que espontáneamente brotan del niño, las ingenuas cuestiones que, como silvestres flores que se abren, la vida misma á la mente le presenta, suscitánsele otras en que nunca hubo pensado, interrogaciones á que suele desembocar una investigación mal planteada, cuestiones ociosas, de puro ejercicio escolástico á menudo.

«Anais el inocente libre juego espiritual, gozar de los movimientos de sus potencias y facultades, y sométislo á gimnásticos volátiles. Y este daño se remata adiestrándolo más tarde, para la polémica y la discusión, en esgrima de gladiador esclavo, no para la investigación pacífica, en labor de combatiente libre.»

«Libreme Dios de predicaros que cerréis los libros, pero si os repetiré que aprendáis á ver al través de ellos la vida, y no al través de ésta los libros, como hoy tanto ocurre. Poco se lee aquí, por desgracia, pero es donde se lee menos, donde más daño puede hacer aquello poco que se lee.»

«Sed aplicados, sí, sedlo, pero no olvidéis que no lo es más quien se encierra en su cuarto á macoullar ajenas ideas, ó, lo que es ya malo, á aprenderse de coro ajenas frases, sino quien va á todas partes con los ojos y los oídos bien abiertos y en la mano el corazón. Aspirad á que de vosotros se diga: «¡ha vivido mucho y bien!» más que «¡cuánto ha leído!» [Cosa terrible sería, en verdad, una educación con anteojeras, como á las bestias de tiro, en que sólo vierais alargarse sin fin ante vuestros ojos la cinta árida y polvorosa de la carretera, sin que os recrearan y confortasen el ánimo los frescos sotos, lozanos prados ó frondosos montes que á un lado y otro de ella se despliegan! No ha de enseñarse aquí tanto á ganar la vida, cuanto á vivirla, á vivirla por la ciencia y en ella.»

«No perdáis tampoco de vista que la experiencia nos enseña cuán frecuente es el fracaso en la vida y en la ciencia de los sobresalientes cargados de laureles académicos. La emulación, aguijonada por vanidad no pocas veces, esa deplorable emulación que nuestro infausto sistema de notas y recompensas fomenta, rara vez puede dar óptimos frutos. No habéis de proponeros so-

brepujar á los demás, sino sobrepusaros á vosotros mismos, ser hoy más que ayer. No os suceda que dudeis y agoteis vuestras juveniles energías en certamen de competencia, como quien corre en pista ó redondel, mientras podríais marchar á paso por el camino de la vida.»

«Si algo distingue á la verdadera juventud es la redundancia de vida, redundancia que para la mente se convierte en prurito de todo saberlo, de inquirirlo todo, en curiosidad á todos los vientos orientada. Y parece como enseñándonos tanta cosa que por muerta no nos interesa, háse conseguido tan sólo el que ya no nos interesa lo vivo.»

«La inquisición de la verdad por la verdad misma, sobre fe robusta que nos lleva siempre á la acción más fecunda y más sana, y no el buscarla como soporte de lo que tenemos ya establecido, ha de ser el cimiento de vuestra ciencia.... No os acordeis de que hay hombres cuando investigéis la verdad, que debe erigirse sobre todos los hombres y sobre las aspiraciones é intereses humanos todos. El hombre para la verdad, no la verdad para el hombre.»

«Sumergíos en la vida á verla con visión especulativa y desinteresada, á dejaros empapar en realidad inmediata y actual con pureza de intención, sin pedirle más de lo que pueda daros ni exigirle argumentos para soluciones de antemano trazadas á medida de nuestros deseos.»

«La rebuca de la verdad con estricta sujeción á los hechos y sin tesis previa, es la mejor escuela de humildad, de modestia y de tolerancia; el aprenderse estampadas afirmaciones redondas y escuetas fórmulas y apotegmas definidos *ese-cathedra* lo es de soberbia intolerante. No caigais en el *ipse dixit*, ni olvidéis que todo lo que puede saberse entre todos lo sabemos. Y aprended á la vez á cuestionarlo todo, á poner en tela de juicio hasta lo que más asentado y axiomático os parezca, á no aceptar postulado alguno, si quereis tener viva visión de lo real. Y no excluyais nada. Tened el espíritu abierto.»

«¡Ojalá viniérais todos henchidos de frescura, sin la huella que os han dejado quince ó veinte exámenes, y trayendo á estos claustros no ansia de notas, sino sed de verdad y anhelo de saber para la vida, y con ellos aire de la plaza, del campo, del pueblo, de la gran escuela de la vida espontánea y libre!»

